

**EL ORFEON DONOSTIARRA, UN CORO "AMATEUR"
DE ESPAÑA CON RANGO INTERNACIONAL, MEDALLA
DE HONOR DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE SAN FERNANDO EN 1983**

POR

ANTONIO FERNANDEZ-CID

LA concesión por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de la Medalla de Honor correspondiente a 1983 al Orfeón Donostiarra viene a constituir un justísimo reconocimiento de lo que este coro significa en el paisaje musical de España. Puede afirmarse que no sólo ha logrado un nivel de excepción como coro "amateur", sino una clase que, sin limitaciones fronterizas, ha sido realzada por la crítica mundial más exigente, respaldada por grandes batutas, premiada con galardones y aplaudida por las mejores formaciones sinfónicas a las que ha prestado colaboración.

Hay un libro voluminoso que recoge en detalle toda su historia, desde el nacimiento en 1897 hasta sólo hace un lustro, fecha de la publicación. Desde entonces, se han incrementado actuaciones y triunfos. Recoger aquí, en los límites de un artículo, todo ese apretado "curriculum" que avanza sin vacilaciones ni tibiezas hasta los cien años de tarea coral, sería pretensión ociosa. El progreso es ininterrumpido, con base en la exigencia cada vez mayor, digna de los máximos rigores profesionales y de un entusiasmo a prueba de dificultades y problemas, cada vez mayores, que en lo económico habrían hecho tambalear voluntades menos firmes.

Nacido como conjunto de voces viriles, pronto se convirtió en coro mixto y desde ese momento se abre la trayectoria de premios y de apoteosis que como tales han de juzgarse muchas brillantes páginas.

Justo es decir que en los resultados ha sido decisiva la labor de los sucesivos maestros: Secundino Esnaola, hasta su muerte en 1929, año en el que es reemplazado por Juan Gorostidi, él mismo orfeonista desde mucho tiempo atrás, como lo fue el actual director Antxón Ayestarán, que trabajó con Gorostidi hasta su muerte, momento en el que se hace cargo del Coro,

en el puesto directorial que ocupa desde entonces, siempre asistido por colaboradores y directivos a los que ahora preside Nicolás Lasarte.

Cabría decir que una de las peculiaridades más acusadas en el Orfeón Donostiarra es la de su ambición de altura en el doble aspecto de la selección del repertorio y la forma de presentarlo. En efecto, muy lejos de los viejos "clichés" orfeónicos, la especialización, aún sin abandonar el culto a lo popular y el repertorio "a capella", se produce en el mundo tan difícil y complejo del oratorio. Para abordarlo con garantía, se cela por la puesta a punto vocal, con clase y ensayos, de los orfeonistas y el incremento de su formación musical.

Los distintos maestros, a partir de Gorostidi, afirmada su actitud por Ayestarán, no sólo huyen de crear un coto cerrado en el que sean ellos únicos directores del coro, sino que procuran, una vez preparado con celo, ponerlo a las órdenes de las más prestigiosas batutas nacionales y extranjeras.

Es significativo que tanto Ataúlfo Argenta hasta su muerte, como Rafael Frühbeck de Burgos, incluso después de cesar como director de la Orquesta Nacional, viajero del mundo y rector de las mejores orquestas, hayan considerado predilecto al Orfeón, lo hayan dirigido multitud de veces y no vacilasen al invitarlo a colaborar en programas del mayor nivel, con las mejores orquestas del orbe.

Así, el Orfeón Donostiarra pudo triunfar con Argenta y la Sociéte des Concerts du Conservatoire en París, ciudad a la que ha vuelto repetidamente bien para intervenir con Frühbeck y la Orquesta Nacional en la Sala Pleyel, bien para hermanarse con el Coro de la Opera y las Orquestas de Boston y París, dirigidos por Seiji Ozawa, en un memorable y monumental concierto en el que se interpretó el *Requiem* de Berlioz .

Una enumeración de las salidas resultaría farragosa y prolija. Podrían servir, a guisa de ejemplo, las apoteosis logradas con la Orquesta Filarmónica de Karaján en su sede berlinesa, con la London Philharmonic en el London Festival Hall británico, con la Orquesta Nacional de Washington, ante el Capitolio, para sesenta mil personas y la Orquesta de Filadelfia

con Robin Hood Dell —su expansión estival— atestado, siempre con Frühbeck y cosechas de críticas unánimes en el elogio.

Por lo que atañe a los grandes puntos filarmónicos de España —Festivales de Santander y Granada, Palau de la Música y Gran Teatro del Liceo de Barcelona, Quincena Musical donostiarra de su propia ciudad y en el Teatro Real de Madrid, en cuya inauguración en octubre de 1966, con la *Novena sinfonía*, participó— el Orfeón es predilecto de nuestros públicos, sostiene su cetro primerísimo.

Personalmente, como aficionado, mi vida se ve esmaltada por encuentros con el Orfeón desde mis años infantiles; como crítico, desde el comienzo de mis actividades en la década de los cuarenta. A mediados de ella establecí ya el primer contacto personal. Acompañé al jovencísimo, como lo era quien ahora firma, Ataúlfo Argenta, en sus arranques directoriales, para que preparase en los ensayos el *Requiem* de Verdi que había de dirigir días más tarde el inolvidable maestro Franz von Hoeslin, en su concierto último, porque sólo unas horas después perdió la vida en un accidente de aviación. Fue un programa hermosísimo. Y cabe reseñar, en representación de tantos y tantos solistas colaboradores de mil singladuras, que cantó la parte de tenor nada menos que Beniamino Gigli.

¿Después? Creo haber sido testigo de todas las jornadas memorables. Así, aquel *Requiem* de Brahms dirigido en París por Ataúlfo Argenta, en su última salida internacional, y Pilar Lorengar de solista; o la sensacional *Novena sinfonía*, coronación del ciclo de las beethovenianas que constituyó el máximo triunfo de Argenta y también el definitivo espaldarazo para la Plaza Porticada santanderina, en la que, diez años más tarde, me cupo el honroso y emotivo encargo de ofrecer un concierto en el que, hermanados con Frühbeck su Orquesta Nacional y el Orfeón Donostiarra, mis palabras pudieron ser escuchadas por la viuda de Argenta y por la hija de Gorostidi, que no abandonó su lugar en las filas del Orfeón por creer que este era el mejor homenaje a la memoria de su padre, muerto sólo diez días antes.

Eso y las continuadas y trascendentes versiones que año tras año, con la Nacional y Frühbeck, se ofrecieron el Viernes de Dolores de *La Pasión*,

según San Mateo, mucho tiempo máximo acontecimiento de los cursos madrileños.

En fin, los viajes: volé con el Orfeón a su, quizá, máxima aventura: actuar con la Filarmónica de Berlín, en la sede gloriosa de la ciudad germana, en dos conciertos aclamados por un público que atestaba la enorme sala y que hicieron exclamar al propio Karaján: “¡Acontecimiento memorable!” Lo hice a tierras de América para vibrar con las setenta mil personas que ante el Capitolio rindieron tributo de homenaje a Frühbeck, principal director invitado de la Orquesta Nacional de Washington, y a los cantores vascos. Estuve en Filadelfia, en París, en Londres, en Lucerna...

Yo me atrevería a decir que quien no ha vivido íntimamente esas horas no conoce hasta qué punto es admirable el espíritu de los orfeonistas y de su capitán. Como lo preparan todo: con nervios... de los buenos, porque son reflejo de una convicción de que pueden hacerlo bien, de que deben hacerlo cada vez mejor y un afán de rendir al doscientos por ciento para pasmo de quienes los descubren. Con orgullo sencillo: el que parte de la fe en el trabajo sin vanas ostentaciones, sin perder jamás la naturalidad ni alegría, que se desbordan después de los conciertos en las fiestas gastronómicas—buenos donostiarras: buenos comedores y bebedores—y en las canciones populares a cien voces mixtas en estado de gloria.

Y por eso mismo puedo afirmar algo: que el Coro posee un acendrado e irreductible españolismo del todo compatible con las más puras esencias vascas. Para San Sebastián, para España, para el arte, ha forjado el Orfeón Donostiarra capítulos memorables. Justo es que ahora desde nuestra Real Academia se les rinda este cordial testimonio de reconocimiento y admiración bien legítimos.